

Comentario al evangelio del miércoles, 13 de junio de 2018

Queridos hermanos:

El texto del libro de los Reyes es, tal vez, al más grandioso alegato de la lucha del profetismo, encarnado en Elías, contra la idolatría, la tentación permanente de Israel. Sorprende la desproporción de fuerzas (un profeta de Yahvé contra 400 de Baal), pero también la enorme seguridad con la que actúa Elías. Él mismo propone el desafío, se comporta con un aplomo que roza la temeridad, no se ahorra, siquiera, el sarcasmo contra el dios pagano, a pesar de que de parte de este último está todo el poder de tejas abajo. ¿Qué creyente se atrevería hoy día a lanzar un desafío de estas características? ¿No ha callado, acaso Dios, en tiempos pasados y recientes, cuando los creyentes le invocaban mientras eran perseguidos y masacrados? Además, la fuerte “desmitificación” de la fe lleva con frecuencia a “interpretar” estos textos, de manera que nos cuidamos muy mucho de poner a prueba a Dios con semejantes retos... El caso es que en tiempos de la Unión Soviética no fue infrecuente que en las escuelas se plantearan desafíos similares, aunque en sentido inverso. Se invitaba a los niños que se confesaban creyentes a pedir a Dios que les mandara caramelos. Naturalmente, el silencio era la estruendosa respuesta. Después los niños soviéticos (los pioneros) invocaban a Stalin en el mismo sentido, y ni que decir tiene que desde el techo llovían las golosinas.

El hecho es que, sin que podamos saber hasta el final el fondo histórico del episodio de Elías, su lección es clara e inequívoca: es preciso adorar sólo a Dios, y no ceder ni un milímetro ante toda forma de idolatría (y hoy día los baales son muchos y variados), aun a riesgo de la propia vida, un riesgo que el mismo Elías había asumido.

También Jesús ha sumido ese compromiso, y no sólo como riesgo, sino como la realidad de una vida entregada por amor hasta el extremo. Sus palabras en el Evangelio de hoy deben entenderse en este sentido. No resuelven una cuestión legal ni de mera interpretación de la ley. Jesús ha venido a dar plenitud a la ley, a llevarla a su perfección. Y esa perfección es la ley y el mandamiento del amor. Y el amor no es una actitud genérica, “global”, sin matices. Al contrario, el que ama de verdad está atento también a los pequeños detalles, a esos que no parecen importantes, pero en los que se decide habitualmente nuestra vida, y en la que el ser humano se hace grande. Porque sólo amando en lo pequeño (y a los pequeños) como Jesús, es posible prepararse para los grandes momentos, para las grandes gestas, como la de Elías frente a los falsos profetas de Baal, como la de Jesús ante su misterio Pascual.

En definitiva, los niños creyentes de las escuelas soviéticas no recibieron caramelos, pero no se inclinaron ante el ídolo, en este caso de acero, salvaron su dignidad, y dieron un testimonio más valioso que, incluso, el del gran profeta Elías.

CR

Publicado en Ciudad Redonda

www.ciudadredonda.org